Cautivo en Bolivia

Ernesto Ledermann Schwarz

Cautivo en Bolivia

Ernesto Ledermann Schwarz

Avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2026
©Ernesto Ledermann Schwarz, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-88206-62-7
THEMA: BGT - BGBA - 1KLS - JWCL - 5PL
DEPOSITO LEGAL: M-15586-2026

A todas las personas humildes y orgullosas del Beni (Bolivia) —los benianos—, quienes me brindaron su hospitalidad y amor, me apoyaron en momentos difíciles, me mostraron su grandeza humana y se convirtieron en un modelo a seguir en muchos aspectos de mi vida.

Me enorgullece mencionar a algunas personas que enriquecieron mi vida. Entre ellas están mi amor de juventud «Nscho-tschi» o Neguita; «Tía Martha», quien me ofreció su amor maternal; una cantante de ópera-psicóloga cuyo nombre desafortunadamente olvidé y que sin su tratamiento pionero habría perdido mi voz en mi adolescencia; mi amiga Enza, quien con mucho amor me ayudó a superar momentos difíciles en la crianza de mis hijos; mi asistente personal Karla, quien hasta hoy me ha enseñado y transmitido mucha sabiduría y siempre está presente cuando la necesito; mi tío abuelo Emerich a quien dedico con mucho cariño este libro; y, por supuesto, a mis hijos, que son el orgullo de mi vida.

PRÓLOGO

En el corazón de Sudamérica, escondido detrás de la cordillera de los Andes, en la cuenca del Amazonas, se encuentra el pedazo de tierra más hermoso del mundo, una región que pocos conocen: el Beni o, en el idioma Tacana, «el Viento».

¿POR QUÉ EL BENI?

Una vez que un extranjero pone un pie allí, aprende las costumbres y tradiciones, disfruta de la hospitalidad de estas personas humildes e, incluso, se convence de conocer el Beni[1] y se siente ya un beniano, entonces ya no hay escapatoria.

«¡Esta región te mantiene atrapado para siempre!».

1 Departaçmento Beni – Bolivia, una vez y media el tamaño de Inglaterra.

Las vastas llanuras que se pierden en el horizonte; el pausado murmullo de los poderosos ríos; las románticas puestas de sol, casi cursis; el aroma fuerte, masculino, a sudor, de la selva; el implacable pero vivificante sol; las tormentas tropicales que escupen agua de su garganta, inundan las llanuras y pueden destruir el trabajo de toda una generación; los vientos del sur que traen frío ártico y mecen hasta la muerte a ancianos, animales débiles y terneros.

Los juguetones delfines de agua dulce que roban al pescador humilde su comida de la red y que con astucia dominan a la temida piraíba (bagre gigante); los resplandecientes cebús blancos que brillan como estrellas en medio de la llanura; la poderosa sicuri o anaconda que puede devorar un cocodrilo; el ágil jaguar que mata a sus presas con facilidad; el aterrador jichi[2], que acecha en los lagos.

El crujir y chirriar de las enormes ruedas de «el Carretón», que recorre la tierra por la noche trayendo la muerte; el ruido de las cadenas del perro negro azabache con ojos rojos resplandecientes que aparece en los cementerios; los oscuros ojos negros que prometen el paraíso y —no menos importante—, el tesoro legendario del Gran Paititi[3] o El Dorado, que muchos buscan en vano: todo esto y mucho más es el Beni.

---

2 El Jichi, una anaconda gigante de más de 20 metros que supuestamente habita en todos los grandes lagos.

3 El Gran Paititi, El Dorado o Tesoro de los Incas que se cree enterrado en las Llanuras (Llanos de) de Moxos - Beni.

En el Beni, aventureros, revolucionarios, exiliados, santos, criminales, soñadores, pero también personas honestas y trabajadoras encontraron y encuentran refugio. Es un lugar de placeres sensoriales, de mujeres hermosas, de cuerpos esbeltos de hombres, de hospitalidad y amor, pero también de asesinato y engaño.

Una vez atrapado, se pierde la cabeza y se siguen los pasos de la danza del taquirari hasta que es demasiado tarde. Entonces, la Madre Tierra ha encontrado una nueva víctima, y la sangre fresca penetra profundamente en la tierra fértil y prospera una nueva vida. Porque la vida en el Beni es como un juego de póker: los perdedores se desesperan, lloran, maldicen esta tierra y, no obstante, derraman en sus sueños y pensamientos una lágrima de nostalgia por esta región encantada.

Para algunos, es un viaje al infierno. No soportan la angustia del perdedor y se retiran voluntariamente de esta vida. Por otro lado, los pocos ganadores se mecen en su gloria, pasa el tiempo, se desvanece la razón y, al final, la mayoría también pierde el juego. Pocos han logrado someter esta región. La tentación de conseguirlo vale la pena, incluso si el Beni exige un alto tributo por ello.

M A Ñ A N A

MAÑANA, MAÑANA
Ligero atravieso la tierra,
sin cargas que llevar,
sin penas que sufrir.
MAÑANA, MAÑANA
He bebido agua de la fuente,
caí rendido a la tentación,
atado para siempre a esta tierra.
MAÑANA, MAÑANA
Unos ojos negros me atraparon,
el amor en mí se encendió,
mis sentidos para siempre cegó.
MAÑANA, MAÑANA
Me arrulló en sus brazos,
dulces sueños me regaló,
la mejor amante fue.
MAÑANA, MAÑANA
La naturaleza me sedujo,
el sol me amó,
las personas hospitalidad me dieron.

MAÑANA, MAÑANA
Fluyó sangre,
cerré los ojos,
no sentí remordimiento alguno.
MAÑANA, MAÑANA
Oí los taquiraris,
bailé en los buris,
con alcohol mi sed calmé,
MAÑANA, MAÑANA
Incluso el inútil cuenta aquí su historia,
el extranjero encuentra su descanso eterno,
porque aquí todos son reyes.
MAÑANA, MAÑANA
Porque mañana, mañana,
es la palabra más dicha,
hoy es mañana, mañana es mañana y mañana el Beni.

E. Ledermann

1.- YO Y EL BENI - EL DÍA

VEINTE AÑOS VIVIENDO ENTRE LUZ Y SOMBRA

Una tarde tardía vi la luz del mundo en Cochabamba, Bolivia (entonces con una población de 80 000 habitantes, hoy 800 000). Sin embargo, mis posibilidades de sobrevivir eran escasas, ya que nací prematuramente y en ese entonces había pocos recursos para salvar a un bebé prematuro; a pesar de todo, lo logré.

Los primeros dos años de mi vida los viví en la ciudad de Cochabamba. No tengo recuerdos de esa época, solo fotos que muestran a un niño llorando, elegantemente vestido, caminando de la mano de su madre por la avenida del Prado, bordeada de majestuosos árboles.

Mi madre llegó a Bolivia después de un largo camino de huida desde Austria, pasando por París, África y Shanghái (China), donde ella y su madre fueron internadas en el campo de concentración de Hongkou. Como miles de judíos (aproximadamente fueron 20.000 los que vivieron ahí en extrema pobreza, hacinados en

grupos de diez personas por cuarto, con falta de higiene y alimentos). Asistió a la escuela, aprendió mandarín y, finalmente, con la ayuda de la fortuna y las conexiones de su madre, siguiendo el consejo de su tío, pudo escapar a Bolivia. Allí, poco después, conoció y se casó con mi padre, quien había llegado desde Suiza en busca de fortuna.

Primero, mi padre trabajó para un comerciante suizo de ferretería en Cochabamba; luego recibió una oferta de la multinacional estadounidense «Grace» para trabajar en La Paz, y le pidieron que viajara allí. En uno de sus viajes de Santa Cruz a La Paz, perdió por gajes del destino el vuelo que debía tomar. Esto le salvó la vida. El avión se estrelló en los Andes. Ese día murieron todos los integrantes del equipo de fútbol, de The Strongest y muchas personalidades. Poco después viajó nuevamente. Allí se hizo amigo del gerente general, también suizo, y su carrera comenzó a ser muy exitosa.

De La Paz tengo dos recuerdos. Vivíamos en el centro de la ciudad, en la calle Capitán Ravelo, en una casa antigua y grande que tenía un enorme jardín. Los sótanos eran oscuros almacenes que me daban miedo. Nunca supe para qué los usaba mi padre ni si los usaba. En la parte trasera del jardín, donde había árboles frutales, mi padre criaba gallinas y algunos cerdos.

Como hijo de campesino, él mismo sacrificaba estos animales en ocasiones especiales, y esos días permanecen profundamente grabados en mi memoria. Siempre que

llegaba el momento y escuchaba los chillidos lastimeros de los cerdos, me escondía debajo de mi cama, me tapaba los oídos e intentaba no escuchar los lamentos. Uno de los pocos recuerdos felices de mi infancia con mi padre fue cuando me construyó una pequeña casita de madera que también servía como arenero. Aún hoy puedo verla claramente. Porque cuando no estaba trabajando, estaba de viaje de negocios o cazando en su recientemente adquirida estancia en el Beni.

Pasaron dos años mientras vivíamos en La Paz. Era el 10 de abril y había celebrado mi cuarto cumpleaños tres días antes, cuando mi madre, como de costumbre, me envió, acompañada por una empleada doméstica, a dar un paseo por el barrio. Como siempre, estaba impecablemente vestido, una circunstancia que, por supuesto, odiaba. Pero a mi madre le encantaba, al igual que le encantaba estar siempre elegantemente vestida. Era considerada una de las mujeres más hermosas de la ciudad, y nadie pasaba junto a ella sin voltear la cabeza.

Cuando salimos a la calle, nos recibieron los ladridos de los perros callejeros y el ruido de una ciudad en crecimiento. Gritos, lamentos y olores desagradables del cercano río Choqueyapu, donde desembocaban todas las aguas residuales de la ciudad. La Paz era una ciudad impresionante, ubicada al pie del imponente Illimani, con más de 6 000 metros de altura, la Muela del Diablo y las colinas que la rodeaban; un cielo único y claro de un azul profundo, iglesias y casas coloniales. La población

en ese entonces estaba compuesta principalmente por indígenas y mestizos. A pesar de todo, para mí La Paz era y sigue siendo una de las ciudades más hermosas del mundo.

Había mucha pobreza en ese entonces, y yo, como un pequeño gringuito rubio (extranjero) de ojos claros, destacaba entre la población. Los niños indígenas gritaban, medio jugando, cuando me veían: «Gringo jeringo mata la wawa», una expresión que hasta hoy me resulta difícil de traducir. Aproximadamente significa «el extranjero que mata al niño».

Poco antes del atardecer regresamos a casa, y feliz de estar de vuelta, corrí a la habitación de mi madre. Su música favorita se escuchaba a lo lejos, y cuando entré en la habitación, sentí una opresiva y surrealista oscuridad que me envolvió. Las cortinas estaban cerradas, y en un enorme charco oscuro de sangre yacía el cuerpo sin vida de mi madre. En ese momento, mi mundo se derrumbó.

Mi padre me envió entonces con mi abuela a Eugene, Oregón, en los Estados Unidos. Después de un año, vino a recogerme para llevarme, contra mi voluntad, de regreso a Bolivia, ya que había pasado un tiempo feliz con mi abuela y me había repuesto de mi tragedia.

Desde entonces, comencé a sentir los malos tratos de su nueva esposa, con quien se había casado durante mi ausencia. Cuando ella dio a luz a su hija, yo tenía seis años, y cada vez más me convertí en un obstáculo para ella. Por eso, cuando tenía casi siete años, me enviaron a

vivir con mi tío en un pueblo remoto del valle de Tösstal, Neubrunn, en Suiza.

En contadas ocasiones recibí fotos y unas pocas líneas de mi padre, dos o tres veces en cuatro años. Sin embargo, quedé profundamente impresionado por las estancias que se podían ver en esas imágenes, y soñaba con conocer aquel lugar. Creo que en ese momento ya me había enamorado del Beni.

Con mi tío Albert y su esposa, la tía Ida, que era la encargada de la escuela, pasé un tiempo difícil, lleno de privaciones. Los sábados tenía que ayudar a barrer el patio de la escuela, limpiar los baños y realizar otras tareas. Por el trabajo realizado, después podía ir al «Dorflädeli» (pequeña tienda del pueblo) y elegir un «Mohrenkopf» (un tipo de pastel) u otro dulce. También viví momentos felices, cuando después de las clases podía utilizar todas las instalaciones deportivas, que, aunque modestas, eran completamente para mí. Me encantaba la gimnasia artística, pero también me convertí en un buen atleta y fui el mejor de la escuela en aritmética, dibujo y pintura. Gané el primer lugar en la región (la región del Tösstal) con un dibujo que representaba una antigua casa de campo bajo protección histórica.

Además, al lado opuesto de la calle que bordeaba el área escolar, estaba el bosque, que exploré repetidamente y se convirtió en mi refugio. Durante Navidad y las festividades, experimenté mis momentos más tristes, ya que tenía que ver cómo mis primos recibían montones

de regalos mientras yo prácticamente no recibía nada. En los banquetes festivos no me permitían participar y tenía que esperar a ver si quedaba algo de comida. Por cierto, esto también era costumbre con mi madrastra en Bolivia.

Una vez me visitó mi madrina, que era muy adinerada. Llegó en su coche, algo raro en ese tiempo en el valle de Tösstal, se detuvo, me hizo llamar y me regaló un balón de fútbol nuevo. Apenas podía creerlo y estaba inmensamente feliz. Por cierto, el único coche del pueblo lo tenía nuestro maestro, el señor Lenzlinger. Como no tenía juguetes, solía ir al basural del pueblo en el arroyo que descendía de las colinas hacia el valle, y buscar allí juguetes desechados. Una vez llegué con un búho enorme y disecado a casa de mi tía, pero tuve que deshacerme de él de inmediato, ya que tenía un olor desagradable y tampoco había espacio para guardarlo.

Mi tío llegaba temprano a casa después del trabajo y se dedicaba al aeromodelismo. Los fines de semana, en verano, hacía montañismo o volaba planeadores, y en invierno daba clases de esquí. Siempre me impresionaba al ver todo esto y no podía entender cómo un trabajador podía dedicarse a tantas actividades y llevar una vida modesta en el pueblo. No fue hasta que fui adulto que me enteré de que trabajaba en Signum, una empresa suiza muy importante que fabrica motores diésel para los ferrocarriles suizos. Era un técnico de precisión con una muy buena posición en la empresa y ya en ese entonces

tenía un salario alto. Tenía licencia de piloto y era instructor de esquí, lo que le permitía formar a otros profesores de esquí. Obviamente, su estilo de vida era costoso.

A partir del tercer año, fui enviado con mi tío Fritz al pueblo vecino de Seelmatten, donde su esposa, la tía Martha, y sus hijos me acogieron y cuidaron con mucho cariño, aunque mi tío apenas me dirigía la palabra. En su granja, además de asistir a la escuela, tuve que trabajar duro, pero al igual que mis primos. Por la mañana temprano, cortábamos hierba fresca y se la llevábamos a las pocas vacas que tenía. Luego caminábamos a pie hasta la escuela en Neubrunn, que estaba a un kilómetro y medio de distancia, y después de la escuela limpiábamos el establo y las vacas, les dábamos heno y al atardecer llevaba la leche recolectada a la lechería con mi primo.

Los fines de semana había otras tareas en la granja en las que todos participábamos, y que disfrutaba. Aquí realmente se vivía una vida comunitaria: nadie era favorecido, incluso la ropa se heredaba. Una vez a la semana, toda la familia se bañaba en una tina de metal en la misma agua (se ahorraba donde se podía): primero los padres y luego nosotros. La taza del excusado era un cajón de madera con su orificio. El pozo teníamos que vaciarlo regularmente con un cucharón especial y esparcir el contenido con una carretilla en el campo. Obviamente, era un trabajo donde terminábamos pringados de heces. Aprendí mucho allí, y sin saberlo, esas experiencias me ayudaron más adelante en mi vida y en mis actividades.

Mi actividad favorita en el tiempo libre que me quedaba era ir al bosque o caminar hasta el cercano lago Bichelsee para nadar allí. Fue en ese lugar donde aprendí a nadar, y se convirtió en una de mis actividades favoritas.

Como en el pueblo (de apenas cien habitantes) me consideraban un forastero, además de católico, al principio fui acosado por mis compañeros de escuela. Una vez, en invierno, me sumergieron en el arroyo congelado que atravesaba el valle, y llegué tiritando de frío, medio congelado, llorando y temblando, a casa de mi tía, quien me consoló con su amor de madre. Con el tiempo aprendí a defenderme: conseguí un pequeño cuchillo del taller de mi tío y lo blandía a mis compañeros de escuela si intentaban hacerme algo. Poco a poco fui aceptado, hice amigos y me convertí en uno más de ellos.

Cuando regresé a Bolivia después de cuatro años, comenzaron nuevamente los malos tratos. Entonces ocurrió, creo, el momento más importante de mi vida.

2.- IDA Y VUELTA

MI PRIMER VIAJE AL BENI

Lentamente, el viejo avión DC-3 ascendía hacia el profundo cielo azul. Dejábamos atrás ese vasto altiplano infinito, pintado en tonos marrones, árido pero majestuoso. La cuna del otrora poderoso Imperio tiahuanaco, cuyas construcciones aún pueden admirarse fuera de Bolivia en Cuzco y Sacsahuamán, erróneamente atribuidas a los incas.

Aunque estos fueron guerreros y estrategas exitosos (se los podría comparar un poco con los vikingos que, si bien eran conquistadores temerarios, no nos dejaron ningún legajo importante), en el breve tiempo que gobernaron nunca pudieron construir estas ni muchas otras obras más que se les adjudican, porque fueron erigidas miles de años antes. Además, no construían con la pericia y perfección de los tiahuanacotas, y su alfarería con diseños sencillos y geométricos, como también su arte textil, distan mundos del de Tiahuanaco, que se considera uno de los más perfectos y bellos del mundo antiguo.